



Secreto  
en las pistas

BEGOÑA F. BAÍLEZ



Secreto  
en las Pistas

BEGOÑA F. BAÍLEZ

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, marzo 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-41-7  
Depósito Legal: CS 117-2023  
© del texto, Begoña F. Baílez  
© de la ilustración de cubierta, Junho Kim  
Corrección, Paola C. Álvarez

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A ellas, por estar siempre ahí aunque sea en la distancia.



# CAPÍTULO 1

Sebastián apoya las manos en las rodillas cuando se detiene al final de la pista. El borde de la empuñadura de la raqueta se le clava en la palma por la fuerza con la que la sostiene, pero no la suelta. Lleva tantos años sujetando una que no le nace dejarla ir aunque duela.

Respira hondo, intentando recuperar el ritmo normal de su corazón mientras escucha de fondo los gritos de Jimmy, su entrenador. Se incorpora despacio y se gira para mirarlo, intentando entender lo que dice por encima del ruido ensordecedor que le late en las sienes.

—Deja de tocarte los cojones y llega a las bolas, Bast. —Jimmy lo mira con los brazos en jarras en el mismo rincón en el que estaba cuando Sebastián entró en esa pista.

Se muerde el labio inferior para no responder lo que piensa de él. Sus padres lo han educado para que respete a sus mayores, aunque sean unos gilipollas que exigen muchísimo más de lo que están dispuestos a dar.

Camina hasta el banco para darle un trago a su botella de agua, ignorando los gritos de Jimmy pidiéndole que vuelva a la pista y no pierda el tiempo. Mientras siente el líquido frío deslizándose por su garganta, toma una decisión.

Regresa a la pista, da un par de saltitos para activarse y coge la raqueta con las dos manos, colocándose para seguir jugando con su *sparring*.

Casi una hora después, Sebastián se desploma en el banco. Está agotado. No tiene fuerzas ni para molestarse en meter la raqueta en la bolsa. De hecho, si no fuera porque lo hace de forma inconsciente, no las tendría ni para respirar. Observa a Jimmy hablar por teléfono mientras escucha llegar a Enrique, su padre.

—Tienes mala cara, Sebas. —Su padre pasa su mano por su frente y le aparta el flequillo.

—Tenemos que hablar —susurra, no porque no quiera que Jimmy lo escuche, sino porque no cree que pueda hablar más alto.

—Le mando un mensaje a Carlos para que venga esta tarde a casa. —Su padre teclea en su móvil mientras habla después de mirar de reojo a Jimmy.

La casa de los padres de Sebastián se ha convertido en el punto de reunión cuando hay que tratar temas importantes sobre su carrera. Deja que su padre se encargue de todo y se desentiende, cerrando los ojos y tomando aire profundamente para intentar que su corazón deje de golpearlo con tanta fuerza en el pecho.

Cuando se incorporó al equipo, Jimmy era la mejor opción para Sebastián, pero lleva meses sabiendo que ya no le aporta nada y se ha empezado a convertir en un hándicap.

Observa cómo Manuel, su preparador físico y mejor amigo, se tensa al ver a Jimmy caminar hacia él. Sebastián se pone en pie por instinto, intuye que Jimmy viene a sembrar algo de caos en el equipo. Nota a su padre acercarse al grupo, dispuesto a intervenir si es necesario.

—Bast está perdiendo fondo. Debes darle más caña, Manuel.

Se reiría de la forma en la que Jimmy sigue pronunciando el nombre de Manuel después de tantos años, pero la situación no es distendida como para hacer bromas, sobre todo, porque está poniendo en duda su trabajo y el de Manuel.



—Sebas hace el trabajo que necesita —es lo único que responde Manuel.

—No estoy de acuerdo. No rinde como debería.

—Si tienes algún problema con mi rendimiento, no culpes a Manu —interrumpe, enfadado.

—No llegas a las bolas, Bast.

—A tus bolas. A las de los rivales llego sin problema. Es muy fácil juzgarme por no llegar a las bolas cuando me las lanzas desde el centro de la pista sin dar un paso. Un rival no las colocaría tan bien si llega corriendo para devolverla.

—Federer no estaría de acuerdo.

—Federer es un puto extraterrestre, Jimmy. —Se controla para no gritarle en la cara.

—Deberías aspirar a ser como él.

—Es imposible ser como Federer. Es único. Aspiro a ser yo, Jimmy. Con mis virtudes y mis limitaciones. —Jimmy bufa y levanta una ceja para mirarlo con desprecio—. Y ahora mismo mi mayor obstáculo eres tú.

Jimmy da un paso atrás, como si acabasen de darle un puñetazo. Su entrenador le dedica una mirada incrédula y luego endurece el gesto, paseando la mirada por el grupo. Sebastián observa cómo la raqueta le pasa rozando cuando su entrenador la tira al suelo, enfadado, y tiene que parar a su padre cuando se adelanta para encararse con Jimmy.

—¿Me estás echando?

—Te estoy diciendo que, si no aportas nada más que quejas y problemas, no tiene sentido que permanezcas en el equipo. Mucho menos si eres incapaz de controlarte. —Señala la raqueta que descansa a pocos centímetros de su pie.

El rostro de Jimmy adquiere un tono rojizo cuando es consciente de que ha perdido el control hasta el punto de lanzar la raqueta a los pies de Sebastián, pudiendo haberlo lesionado.

—Lo siento, Bast. No pretendía... —Sebastián hace un gesto con la mano para pararlo. No le interesa lo que su entrenador tenga que decir.

—Me voy a reunir con el equipo y tomaremos una decisión —lo informa antes de coger sus cosas y salir de la pista.

Ignora las miradas curiosas de otros socios del club mientras se dirige a los vestuarios. Sabe que no han sido muy discretos y que el rumor de que ha discutido con su entrenador no tardará en ocupar los corrillos del bar. No le importa mucho, la verdad. Está a punto de acabar la temporada y por primera vez en su vida lo hará en el top diez del *ranking*.

Que hablen de eso.

Lo molesta acabar así con Jimmy. Ha sido un buen entrenador durante gran parte de su carrera, pero ha llegado un punto en el que no puede aportarle más, le ha enseñado todo lo que sabe y Sebastián necesita más para seguir mejorando si quiere no quedarse atascado. Confía a ciegas en que su equipo le dará el nombre de alguien que pueda ayudarlo, porque ahora mismo a él no se le ocurre nadie que esté libre o al que puedan tentar.

Escucha a su padre y a Manuel hablar mientras se ducha. Su mejor amigo está enfadado por lo que ha dicho Jimmy, y Sebastián lo entiende. Ha puesto en duda su trabajo cuando Manuel y su equipo son de los mejores. Conocen sus límites, cuánto pueden presionarlo y cuánto pueden sacar de él en los entrenamientos. Jamás lo dejarían hacer menos de lo que necesita, pero tampoco sobrepasarse para no castigar su cuerpo.

A Sebastián lo cabrea que Jimmy haya conseguido alterar al equipo. Manuel es parte de la familia. Es el hijo de Manolo, el mejor amigo de su padre desde que ambos eran unos críos. Lo conoce desde que tiene uso de razón, prácticamente, se han criado juntos.

Cuando llega a casa de sus padres, su madre los espera con bebidas frías y algo de picar. Carlos, su mánager, llega poco después que ellos con una carpeta bajo el brazo, el ceño fruncido y el gesto serio.

—No diré que ya era hora, pero ya era hora —es lo primero que dice Carlos mientras toma asiento en el sofá, dejando la carpeta sobre la mesa.

—Era lo mejor para Sebas cuando se unió al equipo —le responde su padre.

Carlos asiente, pero lo conoce demasiado bien para saber que no ha acabado.

—Debió irse cuando empezamos la temporada. Se veía venir que ya no tenía nada más que aportar. Sebas necesita a alguien con más talento, ganas y con algo que demostrar.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunta su padre, sonriendo de medio lado.

Carlos abre la carpeta y reparte unos folios entre todos los presentes. Sebastián sujeta las hojas y lee con atención los nombres que hay escritos. Se le escapa una risita cuando lee el del entrenador de Serguei Pávlov, el actual número uno del mundo.

—No tenemos dinero suficiente para tan siquiera tentarlo, Carlos. Yo desde luego no dejaría al número uno para irme con el número diez.

—He traído los que creo, por experiencia, por trayectoria y por carácter, que mejor podrían ayudarte. —Asiente, sabiendo que Carlos siempre tiene buenas ideas y mejores propuestas.

Sigue leyendo y se sorprende cuando ve el último nombre de la lista: Nicolás Martín. Mira a Carlos con la ceja levantada, preocupado por esa propuesta.

—¿Nick? —pregunta, como si no conociera a la perfección a quién se refiere.

—Lo he estado observando los últimos meses. Sigue teniendo la mejor técnica del circuito y creo que encajaría muy bien en el equipo. Tiene todo lo que necesitas para seguir subiendo en el *ranking*, Sebas.

—¿Entrena a alguien, además de a los niños del club? —pregunta su padre, curioso.

—Seguro que conocéis a Andreu Pujol. —Todos asienten menos su madre—. Andreu es una de las jóvenes promesas del tenis español, Sandra. Esta temporada llegó a los cuartos de final de Wimbledon y semifinal de Roland Garros junior.

—El chico mayor de Ricardo Pujol, Sandra —la informa su padre.

—Ese Andreu... Sabéis que soy malísima con los nombres. Lo he visto jugar varias veces y creo que va a llegar muy lejos.

—Pues Nick ha sido el que lo ha entrenado la mayor parte del tiempo. Además de su padre, que ya sabéis cómo es. —Su madre pone los ojos en blanco y asiente, haciendo reír a todos.

—¿Tan bueno es? —pregunta, con verdadera curiosidad.

—Es mejor.

—Pero lo otro... —Su madre saca el tema que nadie ha tocado, pero que lleva sobrevolando la estancia desde que todos leyeron el nombre de Nicolás en la lista.

—Queremos que Sebas mejore y creo que Nick sería el mejor para darle un empujón. Puede ayudarlo en lo que más le cuesta. Lo otro... yo puedo encargarme si Sebas está dispuesto a poner de su parte. Solo si es necesario —añade Carlos, anticipándose a su queja.

Sebastián hace memoria y regresa a la última vez que vio a Nicolás Martín en una pista. Recuerda los pelos de punta al verlo moverse con una elegancia indiscutible y con un talento que pocas veces se han visto en el circuito.

—Conseguidme los horarios de entrenamiento de Nick en el club. No voy a tomar una decisión antes de ver qué puede aportarme —sentencia bajo la atenta mirada de su equipo—. ¿Te encargas de Jimmy? —le pregunta a Carlos.

—Tengo todo listo desde que volvimos del US Open, Sebas. —Mira a Carlos con una ceja levantada, sorprendido por lo mucho que se ha adelantado esta vez.

# CAPÍTULO 2

Jimmy se ha tomado bastante mal que no cuenten con él para la siguiente temporada, así que ni se molesta en despedirse del equipo. Tampoco lo van a echar de menos. Nunca formó parte de su vida como lo hacen Carlos o Manuel, era solo su entrenador, sin ningún tipo de vínculo personal, ni con Sebastián ni con el resto de los miembros del grupo.

No pregunta cómo Manuel se ha hecho con los horarios de Nicolás, solo sabe que un par de días después, mientras está en el gimnasio de su casa, su mejor amigo aparece con una hoja y se la deja sobre el banco de las pesas.

—Lo he visto entrenar hoy con Andreu y estoy de acuerdo con Carlos, es exactamente lo que necesitas.

Manuel y Sebastián empezaron a jugar al tenis a la vez y lo hicieron hasta que Sebastián comenzó a despuntar, mientras que para Manuel no era más que un *hobby* entre los millones de deportes que le gustaban.

—¿Tú también crees que deberíamos ficharlo, Manu?

—Sé que te preocupa todo lo que rodea a Nick, pero creo que, en lo profesional, es el que más te conviene.

—¿Y en lo personal? —Se sienta, bufando, mientras se seca el sudor con una toalla.

—No puedo asegurarte que no haya rumores, porque, con toda seguridad, los habrá. Ya sabes cómo es este mundo. La cuestión es: ¿te compensa?

—Tú crees que sí.

Manuel se pasa la mano por su espeso cabello castaño y asiente.

—Carlos puede ocuparse de arreglarlo si los rumores se disparan. Lo importante es que llegues al número uno, Sebas.

—Estás muy convencido de que eso ocurrirá. —Ríe cuando Manuel asiente.

—Te conozco desde que la raqueta era más grande que tú y ya entonces la cogías con la misma soltura con la que yo cogía mis muñecos de acción. Si no lo disfrutaras, si te hubieras cansado..., pero sigues amando el tenis por encima de tus posibilidades, Sebas.

—En el fondo eres un moñas, Manu. —Le tira la toalla a Manuel y vuelve a colocarse para continuar con otra serie de ejercicios.

—Te digo lo que necesitas escuchar, Sebas. Sé que te preocupa que se sepa, pero piensa en Nico. —Hace tanto que no habla con Nicolás que había olvidado que antes de que diera el salto a profesional solo era Nico—. Lo conocemos desde que éramos unos críos, sabemos que es bueno. No es justo que lo descartes por eso cuando es el mejor para el trabajo. Bastante mala suerte ha tenido ya.

—Debería haber sido uno de los grandes —dice, resoplando por el esfuerzo.

Manuel le corrige la posición de la espalda mientras ejercita los brazos y lo observa durante algunos instantes.

—Ahí tienes su horario, puedes verlo trabajar y luego decidir qué hacer. No te precipites. Eres lo bastante bueno para poder empezar a preparar la temporada sin entrenador, mejor eso que escoger con prisas y que te salga otro Jimmy.

—Ahora hablamos fatal de Jimmy, pero en su momento fue una buena decisión, Manu. —Se toma su tiempo para hablar mientras sigue ejercitándose en la máquina.

—Mejor que tu padre, desde luego. Que conste que creo que tu padre es un buen entrenador para empezar. —Ríe al ver a su amigo ponerse rojo por la vergüenza.

—Tranquilo. Él mismo es consciente de que no podía enseñarme más de lo que ya me había enseñado, por eso contratamos a Jimmy.

—Se había relajado mucho en los últimos tiempos, Sebas. No te aportaba nada. Se dedicaba a verte correr de un lado a otro de la pista sin mejorar los golpes o aportar nada a las estrategias. Necesitas a alguien que te anime, que te incentive y que te corrija si quieres mejorar en el *ranking*, amigo.

Vuelve a detenerse al acabar la serie y recupera la toalla para secarse el sudor antes de girarse a mirar a su amigo.

—¿De verdad crees que Nico podría ayudarme a mejorar mi juego?

—Tienes que verlo, Sebas. No ha perdido nada de su toque cuando sale a la pista.

Se sienta bien, para ponerse frente a Manuel, y dedica unos segundos a recuperar el aliento mientras hace memoria. Si echa la vista atrás, puede recordar la última vez que vio a Nicolás jugar al tenis y cómo se le erizaba el vello de los brazos al verlo desplazarse de un lado a otro para devolver la bola con una elegancia sobrenatural.

—Lo he visto alguna vez peloteando con los chavales en el club, pero no lo veo jugar de verdad desde la lesión.

Manuel sonrío, como si él también estuviera recordando lo que era ver a Nicolás en la pista. Comparten la sensación de disfrutar de un buen partido.

—Se nota que a veces le molesta, pero en general sigue siendo genial verlo jugar. Habla con él y toma una decisión.

—Apuntado. Intentaré verlo antes de irme.

—Te has ganado unas vacaciones. ¿Dónde vas?

—A un lugar en el que no jueguen al tenis y no sepan lo que es un Grand Slam. —Ríe, como si fuera un chascarrillo cuando lo cierto es que sueña con un lugar así en el que poder perderse.

—No vas a ser profesional toda la vida, Sebas. —Manuel le da una palmada en el hombro para consolarlo.

—Lo sé, pero hay momentos en los que no es un alivio. Necesito una vida fuera de las pistas y no puedo tenerla sin sospechar de todo el mundo.

—Encontrarás a alguien, Sebas.

Está seguro de que Manuel está convencido de que lo que dice es cierto, pero Sebastián no sabe si es buena idea. ¿Qué podría ofrecerle a alguien?

—¿Para qué, Manu? No podríamos tener una relación sana, siempre escondidos. Nadie aguantaría algo así.

—A menos que te quiera tanto como para que compense. —Manuel se sienta a su lado en el banco de ejercicios y palmea su rodilla—. Lo encontrarás, es imposible no quererte.

—Eso lo dices porque eres mi mejor amigo.

—Eso lo digo porque te conozco desde que llevabas pañales y no sé de nadie que te conozca y no te adore.

—A tu ex no le caigo bien.

—A mi ex no le caía bien ni yo cuando aún estábamos juntos, Sebas. —Ríe porque Manuel tiene razón, nunca entendió que vio en ella.

—Lidia me cae bien.

—A mí también.

—Es tu novia, quedaría fatal que te cayera mal. —Continúa con la broma, aunque le gusta que la gente a la que quiere se rodee de buenas personas.

—A Lidia también le caes bien. Dice que eres uno de los tíos más divertidos que ha conocido en su vida. Y eso que está saliendo conmigo.

—Tú eres un payaso, Manu.

Manuel comprueba los monitores de las máquinas y luego anota algo en la aplicación que tiene instalada en el móvil.

—Ya has trabajado suficiente. No queremos que te lesiones justo antes de tus vacaciones.



—He hecho menos de lo que suelo hacer.

—Cuando estás compitiendo, lo necesitas, pero ya ha acabado la temporada para ti, Sebas. No hagas tonterías mientras estés de vacaciones, ¿me oyes? —Sebastián asiente—. Disfruta de unos días de descanso, desconecta. Apaga el móvil, no leas Twitter ni Instagram.

—No puedo, desaparecer sin más.

—Deberías. Sé que para tu imagen te va bien subir fotos y *stories*, pero puedes subir las y volver a desaparecer. No entres a ver qué te dicen. Desconecta. Prométemelo, Sebas.

—Te lo prometo, papá.

—No estoy de broma. La temporada ha sido dura y te espera otra peor. Muchos torneos, más partidos aún. Necesitas esto.

—Lo sé, no hace falta que me convenzas para que me vaya. Prometo intentar desconectar.

—Y conocer gente —apostilla Manuel.

—Eso lo veo más complicado, pero si surge la oportunidad, no pienso desaprovecharla.

—Ese es mi chico.

Sebastián se levanta, dispuesto a subir a su antiguo dormitorio para darse una ducha, cuando Manuel señala la hoja que ha dejado sobre otra de las máquinas.

—¿Lo vas a intentar antes de irte?

—Debería, así Carlos tiene tiempo de solucionar el papeleo. Irme sin algo estable me tendría pegado al teléfono y no me apetece. Si me voy de vacaciones, pretendo que lo sean y no entra en mis planes charlas infinitas con mi mánager.

—Llámame y cuéntame qué tal ha ido. Si se une al equipo, tendremos que trabajar juntos.

—Seguro que tu madre y la mía han preparado comida para todo el vecindario. —Ríe mientras comienza a subir las escaleras que llevan a la planta principal y el olor a comida le invade las fosas nasales.

—Te equivocas, hoy están Manolo y Enrique en la barbacoa. Prepárate para carne medio hecha o carbonizada. —Manuel ríe y

se pasa la mano por el pelo—. Creo que nuestras madres están haciendo ensalada como aperitivo para compensar.

—Intenta salvar un par de hamburguesas, Manu, por favor. Tengo mucha hambre. —Pone un puchero, como cuando eran críos y conseguía que su mejor amigo hiciera cualquier cosa.

—No prometo nada. Ya sabes cómo son esos dos cuando se juntan frente a una barbacoa.

—Me doy una ducha y bajo.

—No te des prisa, disfruta del agua caliente. Yo intentaré meter mano en la barbacoa.

—Pídeles alguna historieta de cuando éramos pequeños, Manu. No pueden resistirse y si se ponen a hablar entre ellos, no prestarán atención a la barbacoa.

—Eso no lo había probado nunca. Eres listo, cabrón. —Manuel sonrío de medio lado con la ceja levantada.

—Soy un genio, amigo.

# CAPÍTULO 3

Sebastián llega al club, se cambia y sale a las pistas con tiempo de ver a algunos de los niños seguir las indicaciones de los entrenadores. Había olvidado lo que era jugar por el mero placer de divertirse y sentir la ilusión de ganar sin miedo a perder.

Sabe que Nicolás tiene reservada la pista del fondo para entrenar con uno de los chicos más mayores. Lo ha visto jugar alguna vez y si le gustara el tenis, podría haber sido un buen jugador, pero nunca se lo ha tomado en serio y no deja de ser una afición para él, aunque, según Enrique, el padre del chico está empeñado en que sea profesional.

Sebastián tiene reservada la pista que hay frente a la que Nicolás está usando, así que aprovecha el tiempo que tarda en sacar las raquetas y colocar sus cosas para observarlo entrenar al chico. A pesar de que pasa más tiempo pendiente del chaval que jugando, Sebastián aún es capaz de ver algunos de los rasgos que lo hicieron uno de los tenistas más prometedores del circuito no hace tanto tiempo.

Nicolás tiene el pelo negro un poco más largo de lo que solía llevarlo antes, tiene sombra de barba de un par de días, los ojos marrones igual de perspicaces que cuando estudiaba a sus rivales

para detectar sus puntos débiles, y no ha perdido esa sonrisa de hoyuelos que tanto encandilaba a las cámaras.

Sigue siendo el chico guapo del que se enamoró de forma platónica cuando no era más que un adolescente empezando a conocerse. Mentira. Es incluso más guapo ahora que cuando era un jovencito a punto de saltar al circuito profesional.

Espera a que Nicolás acabe su entrenamiento para acercarse a su pista de forma casual, como si no hubiera ido al club con una clara intención. Se apoya en la valla y los observa hablar sobre algunos golpes. Sonríe cuando el chaval le pide una foto y lo observa mientras se aleja con su bola firmada y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tienes más clases? —le pregunta a Nicolás, que niega con la cabeza—. Supongo que ya sabrás que Jimmy se ha ido. —Esta vez, Nicolás asiente—. ¿Te apetece pelotear conmigo?

Sonríe al ver la sonrisa con la que Nicolás responde a su pregunta. Le recordaba poco hablador, así que no lo sorprende demasiado que hasta el momento se haya comunicado con él con gestos.

—No soy ni la sombra de los rivales que tienes en el circuito, pero si solo es pelotear, puedo hacerlo.

Hacía mucho que no hablaba con Nicolás más allá de saludarse con la cabeza al cruzarse por el club y casi había olvidado lo grave y profunda que era su voz. Esconde el escalofrío que le recorre la columna por lo inesperado de la calidez de su tono y lo bien que lo hace sentir.

Sebastián regresa a su pista, seguido por Nicolás, que se toca el hombro con un gesto inconsciente antes de comenzar a activarse una vez que ha llegado a la red.

—¿Te duele? —pregunta, curioso, mientras le lanza una toalla a Nicolás.

—Es más como un dolor sordo, una molestia, puedo jugar, pero el hombro se me cansa muy con rapidez.

—¿Aguantarás un par de sets serios?

—Empecemos por uno y vamos viendo. —Nicolás le guiña un ojo antes de girarse y caminar hasta su lado de la pista.

Sebastián resopla cuando Nicolás le da la espalda. Va a tener que olvidarse de que es muy guapo si va a convertirse en su entrenador. Pero, joder, está tremendo.

Pelotean un poco para calentar antes de empezar un partido. Sebastián piensa que, teniendo en cuenta las limitaciones de Nicolás, será fácil, pero se equivoca. Es cuestión de un par de juegos que Nicolás apriete el acelerador y lo obligue a esforzarse como si estuviera jugando un torneo.

Nicolás lo fuerza a no dar ni una bola por perdida, a estirarse para devolver hasta las que parecen imposibles, corriendo de un lado al otro de la pista mientras coloca la pelota.

—Devuélvela con cabeza, Sebas —le grita Nicolás después de perder un punto complicado.

—Tengo pelota de set, devuelvo la bola con cabeza, Nico —gruñe, recuperando su posición para servir.

—Solo estoy calentando, Sebas. —Nicolás le guiña un ojo desde el otro lado de la red y suelta una carcajada mientras se coloca para restar.

Sebastián le devuelve la mirada con la ceja levantada y una sonrisa ladeada. Va a hacer que se coma sus palabras. Coloca los pies, juega con la bola y hace un *ace* tan perfecto que a Nicolás no le da tiempo ni a ver venir la pelota.

—Yo también, Nico. Juego y primer set.

Disfruta de ese tiempo como hacía mucho que no disfrutaba de un entrenamiento. Sonríe después de cada intercambio, incluso cuando lo ha perdido. Pelea por cada pelota como si fuera la final de un gran torneo y se divierte viendo a su rival devolver bolas imposibles y ejecutar puntos de fantasía.

Cuando están en el último juego del segundo set, Sebastián empieza a notar los gestos de dolor de Nicolás, también fallos inexplicables para alguien que ha jugado al nivel de un top cinco.

—¿Te duele? —pregunta mientras se coloca para restar.

Nicolás tuerce el gesto, pero sigue el ritual que siempre hace antes de servir, así que Sebastián se concentra en la bola. Devuelve

la pelota con facilidad porque solo hay que ver el rostro de Nicolás para saber que está sufriendo.

—Punto, set y partido —le grita, levantando los brazos—. ¿Te duele? Llamo al médico.

—No hace falta. Solo estoy cansado. Un poco de calor y se me pasará.

—¿Estás seguro? —pregunta cuando lo ve tocarse el hombro y moverlo mientras gruñe.

—Sí, estoy acostumbrado. No te preocupes.

Se deja caer en el banco, resoplando, mientras intenta recuperar la respiración y calmar el latido de su corazón. Mete la mano en su bolsa y saca un par de botellas de agua que aún están frías y le pasa una a Nicolás, que se bebe casi todo el contenido de un trago mientras lo observa de pie a solo un par de pasos.

Señala el otro lado del banco para pedirle que tome asiento y suspira mientras cierra los ojos y disfruta del sol del invierno calentando su piel después del ejercicio. Sabe que deberían darse una ducha antes de que el sudor se les enfríe encima, pero está demasiado cómodo para intentar moverse.

—¿Qué haces aquí, Sebas? —Abre un ojo y gira el rostro lo justo para poder mirar a Nicolás.

—¿Entrenar? —Se le escapa la sonrisa cuando Nicolás pone los ojos en blanco.

—Hablo en serio.

Sebastián toma aire despacio y lo deja salir a modo de suspiro antes de empezar a hablar.

—Jimmy se ha ido y necesito un entrenador. Estás en el radar de mi equipo.

—¿Yo? —Nicolás se echa hacia delante de golpe, girándose un poco para poder mirarlo.

—Sí, tú. Carlos dice que eres bueno y, visto lo que acabas de enseñarme, estoy de acuerdo.

—No sabes lo que dices. —Nicolás vuelve a apoyar la espalda en el banco y fija la mirada en un punto frente a él—. Si es una broma, Sebastián, no me hace ni puta gracia.

—No es una broma, Nico. Te prometo que la propuesta es muy seria. Te quiero... Te queremos —se corrige— en el equipo. Y no me llames Sebastián.

—¿Qué podría enseñarte yo?

—Ganaste Wimbledon, Nico. Puedes enseñarme mucho. He visto más técnica en un entrenamiento que la que tienen muchos tenistas profesionales.

—Eres bueno. —Ríe Nicolás, dándole un empujón en el hombro.

—Soy sincero. Me conoces, sabes que no me importa trabajar duro y que estoy dispuesto a sacrificarme para alcanzar los objetivos.

—¿Cuáles son tus objetivos?

—Esta temporada era acabar en el top quince.

—Has acabado en el top diez.

Levanta una ceja y mira a Nicolás, sorprendido porque sepa eso.

—Que no juegue de forma profesional no significa que no esté al día con lo que pasa en el circuito, Sebas. Sobre todo, si es alguien al que he visto jugar desde que la raqueta era igual de grande que él.

—No te flipes, tampoco nos conocemos desde hace tanto.

—Entré en el Centro de Alto Rendimiento con dieciséis años. ¿Cuántos años tenías tú entonces? No más de diez.

—Tenía doce. Solo me sacas cuatro años, Nico. Con esa edad, ya era más alto que la mayoría con la tuya. —Nicolás ríe y se termina el agua.

—¿Estás seguro de que me quieres en el equipo?

—Segurísimo. Puedes pensártelo, aunque no mucho porque tengo que empezar a preparar la próxima temporada.

Nicolás ríe y vuelve a poner los ojos en blanco.

—Me gustaría mucho, Sebas —dice Nicolás después de algunos segundos de silencio.

—Llama a Carlos cuando tomes una decisión. Vas a tener que negociar tu sueldo con él.

Nicolás deja escapar una carcajada tan visceral que a Sebastián se le pega y acaba riendo.

—En caso de que acepte...

—Cuando aceptes —lo interrumpe, haciendo que Nicolás ría de nuevo.

—En caso de que acepte — repite Nicolás—, ¿con quién tendría que trabajar?

— Sobre todo, con Manu, ya sabes que Manolo está medio retirado. ¿Recuerdas a Manu?

—¿El chico castaño que siempre iba contigo? —Asiente—. Sí, lo recuerdo. ¿Es el hijo de Manolo?

—Sí, lo es. Además de mi mejor amigo. A Manu le va a encantar que lo recuerdes como el chico que siempre iba conmigo. —Ríe al imaginar su cara.

—Me caía bien Manolo. Sabía lo que hacía. Creo que con Manu no he coincidido nunca y espero que no seas tan cabrón para decirle eso.

—Hace solo unos meses que Manu se encarga del trabajo de Manolo, aunque lleva mucho preparando mis sesiones. —Ignora la última parte porque no está seguro de si va a contárselo a su mejor amigo solo para pincharlo.

—Si quieres seguir en el top diez, no puedes permitirte tener a gente que te pase una solo porque eres su amigo.

—Lo sé, por eso aprecio mucho que sea firme con el trabajo. Es un buen profesional, además de parte de la familia.

—¿Eso es una promesa o una amenaza? —bromea Nicolás.

—Imbécil. —Sebastián le da un empujón a Nicolás, asegurándose de no golpear el hombro lesionado.

—Un respeto, Bast Ruiz. Aún no he aceptado la oferta.

—Los dos sabemos que, si no la aceptas, serás el más perjudicado. —Levanta una ceja y se recuesta con comodidad contra el respaldo del banco.

—Te lo tienes muy creído, señor top diez.

—Perdone usted, señor, fui cuarto finalista de Wimbledon en mi segunda temporada como profesional y al año siguiente gané el torneo.



Le da un último trago a la botella y busca otra en su mochila, tendiéndosela a Nicolás para compartirla porque es la única que queda.

—Puedes pensarlo hasta que vuelva de vacaciones —dice mientras usa la toalla para cubrirse los brazos.

—Había olvidado lo de tener vacaciones en invierno. —Sebastián lo mira con el ceño fruncido, confuso—. Se te olvida que ahora entreno en el club, solemos tener vacaciones en verano porque los socios no quieren venir a pasar calor.

—¿Podrías acostumbrarte al calendario de nuevo?

—Podría intentarlo. Necesito pensarlo, Sebas. —Asiente, aceptando esa respuesta de momento—. ¿Dónde vas?

—A un sitio en el que no me conoce nadie. —Ríe, intentando ocultar lo mucho que necesita esa escapada.

—¿Solo o te vas con Carolina?

—¿Carolina? —Frunce el ceño de nuevo y gira la cabeza para mirar a Nicolás.

—¿No se llama Carolina? La chica rubia y alta que tiene un buen revés, pero que no corre a por una bola ni aunque la maten.

—¿La hija de Fernando? —pregunta después de hacer memoria.

—Sí, esa.

—¿Por qué me iba a ir de vacaciones con ella? Ni siquiera sé cómo se llama.

—Ella dice que estáis saliendo. —A Sebastián se le escapa una carcajada.

—La semana pasada me encontré con ella cuando volvía de un entrenamiento. Me pidió una foto y me dio la enhorabuena por entrar en el top diez. Creo que es la conversación más larga que he tenido con ella y eso que Fernando y mi padre se llevan bien.

—Pues que sepas que ella estaría encantada de ser tu novia. —Nicolás se muerde la sonrisa.

—Lo siento por ella porque eso no va a pasar.

—Es una chica guapa.

—No digo que no lo sea, pero no me interesa. Ahora mismo estoy muy centrado en la próxima temporada y, la verdad, alguien

que va diciendo por ahí que estamos saliendo cuando ni nos conocemos no creo que sea de fiar. Si decidiera tener algo con alguien, no sería con una persona así. —Apoya la espalda en el respaldo y observa a un par de críos jugando en la pista de enfrente, la misma que usaba antes Nicolás.

—Veo que tienes las cosas claras. Y que te encanta hablar. — Sebastián no responde, pero le saca el dedo corazón y lo hace reír.

Sebastián se estremece cuando una ráfaga de aire frío los envuelve y Nicolás se pone en pie, empezando a recoger las cosas.

—A la ducha, no quiero ser el responsable de que te pases tus vacaciones en cama y solo.

Caminan a paso rápido hasta el club, saludando a los socios que se encuentran alrededor de las pistas.

—Incluso si decides no aceptar la oferta, cuando vuelva, podemos quedar para ponernos al día. —Se detiene frente a la puerta de los vestuarios de los socios.

—No tienes por qué hacerlo, Sebas. No es como si hubiéramos sido amigos antes.

Fuerza una sonrisa y finge que no lo ha molestado el comentario. Aunque no le falta razón a Nicolás en lo que dice, durante esos minutos, Sebastián había llegado a tener la esperanza de tener una buena relación con él. En el fondo, esperaba tener un amigo que pudiera entenderlo.

# CAPÍTULO 4

Sale al pequeño balcón de la habitación del modesto hotel que ha reservado en ese pueblo perdido con tan solo una toalla atada a la cintura. Respira hondo, llenándose los pulmones del aire fresco y limpio que le mueve su pelo rubio. Nota la humedad y el olor del mar sobre su piel y sonrío, deseando zambullirse en las cristalinas aguas de las playas de esa isla.

Una ráfaga de aire le lleva el olor a café de la pequeña cafetería que hay un par de edificios a su izquierda y gime, desesperado por una taza de ese líquido fuerte, amargo y oscuro. Espera a que Rolle, el chico que conoció el día que llegó al pueblecito y con el que llevaba tonteando desde entonces, salga del cuarto de baño apoyando la cadera en la barandilla del balconcito. Lo observa caminar hasta los pies de la cama, desnudo y recién duchado, y volver a vestir la ropa que llevaba por la noche.

Apoya las manos en la barandilla cuando ve a Rolle mirarlo con la ceja levantada y caminar despacio hacia él. Rolle lo acorrala contra la baranda con un guiño travieso y se pone de puntillas para darle un rápido beso en los labios.

—¿Te veo esta noche? —pregunta Rolle, colocando sus manos en la cintura de Sebastián.

Asiente y agacha la cabeza para robarle otro beso, pero Sebastián no se conforma con uno rápido y lleva su mano hasta la nuca de Rolle para profundizarlo hasta que lo escucha gemir contra su boca.

—Iré a cenar —le advierte para que sepa cuándo lo verá por el restaurante en el que trabaja.

—Te reservaré la mejor mesa. —Rolle hace rozar sus narices y se aparta, guiñándole el ojo de nuevo por encima de su hombro mientras camina hacia la puerta.

Se da una rápida ducha para quitarse los restos de la noche anterior, se viste con la ropa de entrenamiento, se calza unas deportivas y baja a la cafetería a por un café porque es incapaz de moverse sin algo de cafeína en el cuerpo, y sale a correr por las playas de la isla, disfrutando de las vistas de los bosques casi vírgenes.

En esa época del año no hace mucho calor en la isla, pero lo suficiente para que después del ejercicio a Sebastián le den ganas de darse un chapuzón en las cristalinas aguas de la playa que hay frente a su hotel. Regresa a su habitación empapado, cansado pero muy relajado y feliz.

Después de otra rápida ducha para quitarse los restos de sal y arena del cuerpo, Sebastián se deja caer sobre la cama y llama a Manuel. No habla con su mejor amigo desde que llegó, más allá de algunos mensajes, y le apetece que lo ponga al día de lo que ocurre en Barcelona.

—Dichosos los oídos... —Ríe al escuchar el saludo de Manuel.

—Solo llevo cuatro días en la isla, Manu. No seas exagerado.

—Permíteme echar de menos a mi mejor amigo, que está de vacaciones mientras yo estoy hasta las cejas de trabajo. —Ríe bajito, sabiendo lo dramático que puede llegar a ser Manu.

—¿La gente esperando adelgazar lo que luego se van a comer en Navidad?

—Eso mismo. A partir del 7 de enero será aún peor. No me quejo, que conste, pero me das envidia.

—En verano te puedes desquitar. —Escucha una risa al otro lado y hace rodar los ojos.

—Por supuesto que lo haré, amigo... ¿Qué tal por ahí? ¿Vas a volver con novio?

—No, pero el chico del restaurante del que te hablé el día que llegué se ha ido justo antes de que saliera a correr.

—¿Es guapo? —Sebastián sonríe y asiente, aunque su amigo no pueda verlo.

—Guapo se queda corto, Manu. Mide casi tanto como yo, cuerpo fibrado, mulato de ojos grises y una sonrisa radiante.

—Me está gustando hasta a mí y soy hetero. —Se le escapa una carcajada—. Ten cuidado, ¿vale?

—Sí, papá.

—Lo digo en serio, Sebas.

—No me dejes ver mucho, Manu. Siempre voy con gafas y gorra, no llamo la atención porque hace calor, y solo salgo sin ello por la noche. Nadie me ha reconocido ni me ha mirado como si le sonase mi cara, y desde luego no me paseo con Rolle por la calle. Tengo cuidado. Sé cómo funciona todo esto, no te preocupes. —Entiende que su amigo pregunte, pero le apetece seguir fingiendo que no tiene que esconderse.

—No puedes culparme por preocuparte por ti.

—No te culpo, pero me conoces. Sabes que no bajo la guardia nunca, ni estando de vacaciones, pero necesito esto también de vez en cuando. Aquí me conocen como Francisco.

—¿Francisco? —Ríe cuando escucha la carcajada de su amigo.

—Una forma de despistar, para tener un poco de privacidad.

—Te lo mereces. Disfruta mucho, pero ten cuidado.

—Que sí, pesado. ¿Tienes algo que contarme?

—De hecho, sí. Iba a llamarte cuando me ha sonado el móvil. Supongo que Carlos te llamará más tarde, pero te lo adelanto. Nico ha aceptado la oferta. Están negociando los términos del contrato, pero está de acuerdo en lo importante.

Se le escapa una sonrisa porque no saber quién sería su entrenador para la próxima temporada estaba empezando a preocuparlo.

—Genial. Me apetece mucho entrenar con Nico. Creo que será bueno para mí.

—Yo también lo creo. Ayer me pasé por el club a recoger a mi padre, que estaba con un cliente, y lo vi entrenar a un chaval con potencial. Era impresionante verlo en la pista y eso que no se estaba esforzando ni al cincuenta por ciento de lo que haría con un profesional.

—Aunque fuera profesional durante veinte años más, jamás conseguiría ser la mitad de elegante que es él. Me fascina cómo puede correr de esa forma y seguir pareciendo que acaba de saltar a la pista.

—No todo es eso, pero sí, es increíble. Echaba de menos verlo jugar si te soy sincero. Creo que cuando se una al equipo, vas a verme más a menudo. —Deja escapar un gemido de fingida indignación.

—Me parece muy fuerte que vayas a ver entrenar a Nico y pases de tu mejor amigo.

—No paso de mi mejor amigo, pero a ti te tengo muy visto. Se me pasará, pero me apetece mucho volver a verlo jugar, y si lo hace contigo..., compro entradas para todos los entrenamientos.

—Pelota. —Ríe cuando escucha a su amigo.

—Si paso de ti, te enfadas. Si digo que quiero verte jugar con Nico, soy un pelota. Decídetes, amigo. Te dejo, que tengo que volver al trabajo. Seguimos hablando por WhatsApp.

—No trabajes mucho.

Aún le queda mañana para disfrutar, así que se enfunda un bañador y una camiseta, se coloca las gafas y la gorra, coge una toalla y crema solar, dispuesto a bajar a tomar un poco el sol. Ni se molesta en llevarse el móvil por si quiere darse un baño.

La playa está casi desierta, así que escoge una zona bajo una palmera para poner la toalla y se tumba solo con el bañador y las gafas de sol, se echa la crema solar y se coloca la gorra de modo que le proteja el rostro del sol.

Cuando le ruge el estómago, decide que es hora de regresar, pero antes se da un chapuzón para sacudirse la modorra y

refrescarse. Regresa sin poder dejar de sonreír, relajado, tranquilo y animado.

No lo sorprende ver casi una decena de llamadas perdidas de Carlos, había olvidado por completo lo que le había dicho Manuel sobre Nicolás, así que llama a recepción, pide que le suban el menú de algún restaurante y aprovecha la espera para llamar a su mánager.

—¿Se puede saber dónde demonios estabas, Sebastián? —Pone los ojos en blanco y se deja caer en la cama a plomo.

—Tomando el sol, Carlos. Estoy de vacaciones, por si lo has olvidado.

—Y por si tú lo has olvidado, estás sin entrenador. —Sebastián hace rodar los ojos como siempre que Carlos se pone así.

—Ya sé que Nico ha aceptado.

—Voy a cargarme a Manu. No puede mantener esa bocaza cerrada.

—Es mi mejor amigo, hablamos a menudo y es normal que me diga algo que me concierne si lo sabe.

—No pienso volver a decirle nada. —Lo imagina echándose hacia atrás y apoyando todo el peso en el respaldo del sillón de su despacho.

—Esa es otra..., ¿por qué se lo cuentas a nadie antes de hablar conmigo?

—Nos hemos encontrado en el gimnasio justo después de recibir la llamada de Nick. ¿Por qué narices te cuento esto?

—Porque eres mi mánager y un bocazas, amigo.

—Que te den, Sebastián.

—Mira, ojalá.

Se aparta el teléfono de la oreja cuando escucha la carcajada de Carlos. Le encanta desmontar la seriedad de su mánager cuando la situación se pone un poco tensa.

—Espero que tengas mucho cuidado. No vayamos a cagarla ahora.

—Ya que hablas con Manu, poneos de acuerdo para no darme la misma charla a la vez.

—Eso es porque te queremos y nos preocupamos por ti, Sebas.

—Lo sé y os lo agradezco mucho, pero dejad que disfrute un poco. Tengo muchísimo cuidado y nadie me ha reconocido. No te preocupes.

—Confío en ti y en tu criterio. Siempre lo he hecho. Disfruta de las vacaciones.

—Llamabas para contarme algo, Carlos.

—Cierto. —Puede imaginar a Carlos dándose una palmada en la frente y luego pasarse la mano por el pelo pelirrojo—. Te mando una copia del contrato que ha firmado Nick. Creo que has tomado una buenísima decisión, Sebas.

Pasa el resto de los días de sus vacaciones disfrutando del sol, la playa, la tranquilidad y, cuando se le antoja, el cuerpo de Rolle por las noches. Hace ejercicio cada mañana por gusto y porque sabe que, si no lo hace, Manuel se lo hará pagar de una forma u otra cuando regrese a casa. No puede permitirse perder la forma física cuando todo parece encauzarse y empiezan a cumplirse los sueños que tenía de niño sobre su carrera. Las tardes las pasa con su libro electrónico, leyendo todo lo que la competición no le permite, o viendo las series que se le han ido acumulando durante la temporada.

Habla poco con la gente porque no quiere mentir y no puede permitirse decir la verdad, pero siempre es amable con quienes se cruza. Que haya pocos turistas le permite no tener que socializar y no resulta extraño que pase mucho tiempo a solas.

Saber que van a contar con Nicolás en el equipo para la próxima temporada le quita un peso de encima que no sabía que estaba cargando hasta que lee el correo que le envía Carlos, y se le escapa un suspiro.

Va a ser una buena temporada. Lo intuye.

Así que, incluso con la firme intención de no leer el grupo que tiene con el resto del equipo, no puede evitar hacerlo al final de la jornada, cuando en España están durmiendo, para ver qué lo espera cuando regrese.



Pasado el primer momento de decepción después de darse cuenta de que Nicolás y él no van a ser amigos, a juzgar por su reacción cuando se ofreció a quedar para ponerse al día, Sebastián ha aceptado que su relación será tan solo laboral, y le parece bien. Lo ha hecho antes, Jimmy jamás fue parte de su gente, era su entrenador y nada más. Puede ser igual con Nicolás, por mucho que a él le hubiera gustado algo más profundo.

Para Sebastián, Nicolás siempre fue un referente en lo profesional y en lo personal. Admiraba que hubiera sabido reponerse al golpe que supuso la publicación de aquella foto que lo exponía ante todo el mundo, aunque ni los patrocinadores ni la prensa y, mucho menos, el circuito se lo pusieron fácil. También cómo, después de la lesión, supo encontrar el camino de vuelta y seguir con su vida y con el tenis, aunque no fuera del mismo modo.

Sebastián no sabe si podría volver a amar el tenis como lo hace si tuviera que vivir lo que sufrió Nicolás en su momento. Hasta Sebastián se enfadó con el circuito por aquel entonces porque no le parecía justo que le diera de lado de esa manera cuando no había motivos para ello. Más allá de lo que suponía para su futuro, para Sebastián era injustificable esa forma de actuar de los que semanas antes lo adoraban cada vez que lo tenían delante.

Aquello lo obligó a encerrarse más en sí mismo, a esconder quién era y lo que hacía cuando dejaba la raqueta. Todos en su círculo más cercano lo sabían y ninguno jamás planteó la posibilidad de que saliera del armario porque sabían lo que sucedería.

No es que tuviera la intención de confesarse sin más con Nicolás, pero esperaba que, de algún modo, su entrenador fuera un apoyo para él más allá del terreno deportivo, que pudiera guiarlo cuando al fin pudiera contarle lo que lleva tantos años escondiendo.

Eso no va a pasar. Al menos de momento.

No va a obligar a Nicolás a ser su amigo. Se conforma con que sea el buen entrenador que todos creen que es y lo lleve a lo más alto del *ranking*. El resto ya se verá. O no.

Al fin y al cabo, Sebastián lleva mucho tiempo cargando con eso solo, puede seguir haciéndolo unos cuantos años más. Aunque ese tiempo sea una década y cuando lo piensa, a Sebastián se le hace un mundo.

Se le escapa un bufido cuando acaba de leer el grupo y deja el móvil sobre la cama antes de incorporarse y pasarse la mano por el pelo rubio. A juzgar por el *planning* que han enviado, le esperan unas semanas duras antes de viajar a Australia.

# CAPÍTULO 5

Manuel es el encargado de recogerlo en el aeropuerto cuando regresa a casa. Su mejor amigo lo abraza con fuerza en cuanto puede, levantándolo en volandas mientras Sebastián intenta no soltar la maleta.

—Si me lesionas, tendrás que enfrentarte a mi madre —le dice para que lo suelte.

—Te he echado de menos, amigo. —Manuel lo deja en el suelo, pero no lo suelta, lo mantiene pegado a su cuerpo y le da una palmada en la espalda.

—Solo me he ido diez días. Estoy más tiempo fuera durante la temporada.

—Pero entonces no me das envidia con tus fotos porque estás currando.

—Lo que te jode es que estuviera de vacaciones. —Ríe, devolviéndole la palmada mientras comienza a caminar hacia el *parking* del aeropuerto.

—Sí. Pero también te he echado de menos. Con la diferencia horaria, hemos hablado poco.

—Eso se soluciona con una cenita en mi casa con *pizza* y película.

—No sé si tu nutricionista estaría de acuerdo con lo de la *pizza*.

—No me fastidies, Manu. Sabes que llevo a rajatabla la alimentación, pero incluso mi nutricionista dice que de vez en cuando puedo darme un capricho.

—Qué fácil eres de picar, Sebas...

—Idiota. —Empuja a Manu sin dejar de reír cuando ya están junto al coche.

—Tengo órdenes expresas de llevarte a casa de tus padres. Carlos quiere tener la primera reunión con el equipo completo.

—Acabo de llegar y mi viaje ha durado casi un día entero. Merezco descansar un poco.

—Las quejas, a Carlos; yo soy un mandado.

Odia cuando Carlos dispone del tiempo de todo el mundo sin tener en cuenta a los demás. No le importa reunirse trescientas veces para planear la temporada, pero ¿tiene que ser después de quince horas de avión?

Suspira, sabiendo que no puede hacer mucho más porque ya deben de estar todos esperándolo en casa de sus padres, pero se apunta se hace una nota mental para tener una conversación con Carlos sobre ese tema... otra vez.

Como esperaba, en el salón de la casa de sus padres ya están Carlos, Nicolás, Manolo, su nutricionista Laura, y sus padres. Deja la maleta en la entrada y camina hasta los brazos de su madre, que lo envuelve mientras lo estrecha con fuerza y besa en repetidas ocasiones su mejilla. Nota la caricia de su padre en el pelo y luego su palmada en el hombro, así que cuando consigue que Sandra lo suelte, le da un rápido abrazo a Enrique.

—Tienes muy buen color, cariño. Se nota que te han sentado muy bien las vacaciones. —Su madre le da una palmada en la mejilla y se pone de puntillas para darle un beso en la frente.

—Por lo que veo, ya se me han acabado —responde, lanzándole una mirada ceñuda a Carlos, que levanta una ceja como respuesta.

Se sienta junto a sus padres, Manuel lo hace en el reposabrazos de su sofá con una mano en su hombro para calmarlo. Pasa

las siguientes dos horas escuchando cómo su equipo le organiza la temporada, hablando de él a veces como si no estuviera presente, pero esperando a que Sebastián dé el visto bueno a todo porque nada se hace si él no está de acuerdo.

Sabe que lo esperan bastantes reuniones así a lo largo de la temporada porque su calendario y cómo enfrentarse a él depende mucho de los resultados que vaya obteniendo, y siempre hay que hacer ajustes para alcanzar los objetivos que se marcan al comienzo.

Después del tercer bostezo que se le escapa, empieza a costarle mantener los ojos abiertos y ya ni hablamos de la concentración en lo que dicen los demás, así que está a punto de pedir que aplacen la reunión para el día siguiente cuando Carlos da una palmada en el aire, cierra la carpeta en la que guarda todo y la da por acabada.

Justo en ese momento, a Manuel le suena el móvil. No necesita preguntar quién llama, basta con verle la sonrisa para saber que es Lidia. Pone los ojos en blanco cuando su mejor amigo lo mira y se muerde la sonrisa cuando Manuel suelta una carcajada.

—Si quieres que te lleve a casa, mueve el culo, Sebas, que tengo que recoger a Lidia —le advierte Manuel en cuanto cuelga.

—Te dejaría mi coche, hijo, pero el de tu madre está en el taller y lo necesito por la mañana. —El teléfono de su padre suena en ese momento y sabe que es de su despacho.

Sebastián está muy agradecido con su padre por haber dejado de lado el bufete para entrenarlo en sus primeros años y luego volver a los tribunales como si no hubiera pasado nada. Imagina que gran parte del mérito es de los abogados que habían contratado.

Se levanta, dispuesto a coger su maleta para que lo lleve Manuel, pero entonces Nicolás se les acerca, aunque permanece a un par de pasos.

—Puedo llevarlo yo. —La voz de Nicolás es suave.

No piensa cuando habla, solo deja salir las palabras y el tono algo ofendido que pensaba que había dejado olvidado.

—No hace falta, Manu me lleva o pillo un taxi. —Nota la mirada interrogativa de su mejor amigo, pero la ignora.

—No digas tonterías, Sebas. Manu tiene que irse y yo tengo tiempo. Dame tu dirección y te llevo.

—No quiero molestar, de verdad.

—No es molestia, Sebas. ¿O es que no quieres que sepa dónde vives? —Nicolás usa un tono divertido.

Sebastián observa a Nicolás y puede ver que bajo la broma su entrenador esconde una duda real, así que respira hondo, se traga la decepción que pensaba que había superado y asiente mientras se obliga a sonreír.

—Por supuesto, no pienso llevarte hasta mi guarida secreta en lo alto de la montaña desde la que pienso conquistar el mundo.

Sabe que Manuel le va a pedir explicaciones en algún momento porque lo conoce demasiado bien para no darse cuenta de la tensión que había en esa conversación. Le da una palmada en el hombro a su mejor amigo y le señala el móvil.

—Vete a por tu novia antes de que te haga dormir en el sofá.

—Sebas, no me jodas, que está mi padre ahí —le susurra entre dientes.

—Te crees tú que tu padre no sabe que te acuestas con tu novia. Ni que fuera gilipollas, Manu. —Su mejor amigo se muerde la sonrisa y le da un empujón con el hombro.

—Si lo pierdes por el camino, yo no diré nada —le dice Manuel a Nicolás, que ríe, pero no responde.

Se despide de su madre con un abrazo y varios besos y del resto del equipo, con un movimiento de cabeza, coge la maleta de nuevo y sigue a Nicolás hasta su coche.

—Si has cambiado de idea, aún estamos a tiempo de romper el contrato. —La voz de Nicolás no muestra ningún tipo de emoción cuando habla mientras recorren las calles de Barcelona.

—¿De qué hablas? ¿Por qué debería cambiar de opinión? Creo que eres el mejor entrenador que podría tener en este punto de mi carrera.

—Pero no te caigo bien.

Se gira para observarlo durante unos segundos; un mechón negro y ondulado cayéndole sobre la frente, los labios un poco apretados, los brazos en semitensión, los dedos rodeando con firmeza el volante.

—Si es eso lo que piensas, estás muy equivocado. Me caes bien, siempre lo has hecho. Pero creo que no es recíproco y prefiero mantener las distancias.

—¿Lo dices por lo de que tú y yo no éramos amigos? —Nicolás aprovecha que se detienen en un semáforo para mirarlo.

—Tenías razón, no hemos sido nunca amigos. Solo esperaba que eso cambiara, pero no pasa nada si no quieres.

Nicolás aparca frente a su edificio y detiene el motor antes de girarse para mirarlo. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados.

—No tengo muchos amigos en el circuito. La mayoría de los que creía que lo eran desaparecieron en cuanto esa foto se hizo viral, después de la lesión, fueron pocos los que se preocuparon y desde entonces tengo mucho cuidado con la gente que entra en mi vida.

Sebastián asiente, entendiendo los motivos que tiene Nicolás para mantener a la gente al margen. Nadie mejor que él sabe lo que es protegerse tras muros tan altos que nadie se moleste en intentar salvarlos.

—No hemos sido amigos, pero me caes bien y vamos a trabajar juntos, así que podemos intentarlo. ¿Te parece bien?

—Me parece bien. —Abre la puerta para salir, pero se detiene antes de sacar un pie—. Lo del café sigue en pie, Nico.

Sale del coche, camina hasta el maletero y espera a que Nicolás lo abra para sacar la maleta. Sube a la acera y se gira para mirar a su entrenador.

—No tengo pista mañana en el club, estaré entrenando en casa de mis padres.

—Descansa, tienes un aspecto lamentable. No hace falta que entrenes mañana.

—Yo iré igual, estás invitado si te apetece.

Se muerde la sonrisa cuando ve a Nicolás echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada antes de devolverle la mirada.

—¿Siempre haces lo que te da la gana?

—Soy el pequeño de tres hermanos. Tengo mis tácticas, Nico.

—Va a ser entretenido trabajar contigo. Hazme el favor de descansar, necesitas dormir un poco para recuperarte del viaje.

—¿Eso me lo dices como entrenador o como amigo?

Nicolás lo mira de arriba abajo con la ceja arqueada y se muerde la sonrisa mientras arranca el coche y se incorpora al tráfico sin responder.

—Hasta mañana, Sebas. —Lo escucha gritar mientras se aleja.

Sebastián no se da cuenta de que está sonriendo como un idiota hasta que ve su reflejo en el cristal del ascensor de su edificio. Se obliga a ponerse serio y recoloca uno de sus mechones, pasándolo tras la oreja mientras piensa que tal vez su madre tiene razón y debería hacerle una visita a su peluquero.